

Opiniones sobre nuestro horizonte político, después del mensaje presidencial del 28 de julio, la elección de Ántero Flores-Aráoz como presidente del Congreso, los casos de corrupción que rondan al Presidente y su entorno familiar y demás condimentos que sazonan y hasta hacen que pique el inicio del cuarto año del presidente Toledo, tiempo de gobierno que ha cumplido, como bien sabemos, agarrándose de las uñas. Gracias a nuestros analistas invitados y a Andrés Ederly, quien con sus dibujos nos plantea su propio punto de vista.

Horizonte político, al cuarto año de Toledo

La tentación de la desesperanza

gonzalo portocarrero

Sociólogo y profesor universitario.

Es cómoda y de buen gusto. No impulsa y preserva la buena conciencia. Aísla de cualquier compromiso y recluye en el piadoso olimpo de las buenas intenciones que se saben de antemano frustradas. Exalta un pasado antes de la "decadencia". El lado oscuro de esta sensibilidad es casi invisible, pero es ciertamente abrumador: cercena la ilusión, apaga el fervor, alienta a la tristeza. En realidad, este talante es tan antiguo como el mundo criollo. No obstante, en la actualidad aparece intensificado. Es el caso del pesimismo agresivo del intelectual que asimila la lucidez al desencanto. Es,

igualmente, la situación de los periodistas que denuncian gozosamente los escándalos. Finalmente, es la actitud de muchos que nos regodeamos en la falta de futuro.

No nos engañemos: detrás del "profetismo de la desgracia" está un espíritu cansado que abjuró de la lucha. Alguien decepcionado porque la realidad no discurre por los caminos previstos de la modernización liberal o la revolución socialista. Pero a la mirada escéptica se le escapa la fluidez de la vida, tanto los reclamos de la propia vitalidad personal como el reconocimiento de lo mucho de

positivo que ocurre en el mundo social. No se puede dudar de que el resurgimiento de la esperanza solo puede brotar de un contacto íntimo con nuestra vitalidad negada por el lacerante pesimismo que hoy se infiltra hasta los huesos.

¿Es posible una mirada más allá del abismo donde está sumergida nuestra sensibilidad, que vea más lejos, que recupere la visión del futuro que hoy se nos escapa? Sacudirse del profetismo de la desgracia, que gusta coleccionar hechos sombríos, no es tarea fácil. Pero tampoco imposible. Se trata de cambiar el modo de ver las

cosas, ver el otro lado de la moneda. La corrupción, por ejemplo, ha sido una forma de gobernabilidad, de administración de las instituciones, tan antigua como el país mismo. No obstante, apenas se ha hecho visible en toda su magnitud. ¿Deberíamos sentirnos abrumados por este descubrimiento? Al contrario: se trata del primer paso hacia una gestión honesta y transparente. La corrupción no es solo una forma inmoral de gobierno; es también ineficiente y regresiva en su impacto sobre la distribución del ingreso. La intolerancia creciente frente a la corrupción, el continuo "destape" de escándalos, no hace más que revelar lo que todos ya sabemos, pero implicando una perspectiva moralizadora e indignada de la que puede esperarse, a la corta o a la larga, un saneamiento de la institucionalidad del país. En el contexto actual, nos queda claro que corrupción y democracia son incompatibles. Por tanto, no debe menospreciarse, escépticamente, los resultados de la lucha contra la corrupción. El hecho, por ejemplo, de que haya más de mil implicados en los procesos contra esta.

Asimismo, el "caos" y el "descontrol" pueden ser valorados ante todo como un "empuje social" que resulta de la toma de conciencia de derechos. Signo, por tanto, del cambio decisivo que significa la metamorfosis del siervo en ciudadano. La angustia que puede despertar la proliferación de movimientos locales, a menudo vandálicos, no debe hacer olvidar este hecho fundamental.



Y en medio de todo, la preservación misma del sistema democrático es una situación alentadora. El hecho de que el paro del 14 de julio no se desbordara en una violencia insensata, tal como ilusionaban muchos de sus propiciadores, pone en evidencia una madurez cívica, una voluntad de no saltar al vacío; el río revuelto donde los demagogos esperan obtener sus frutos. En la actualidad ya no resulta verosímil señalar un "gran culpable", llámese imperialismo u oligarquía, cuya eliminación garantice la liberación de la sociedad peruana. Cada vez nos resulta más claro que nuestras restricciones están en nuestra sociedad y hasta en nosotros mismos. Y este es, desde luego, un gran aprendizaje.

No podría faltar, en este nervioso recuento, la nueva actitud hacia la cultura y la naturaleza que hoy se generaliza en nuestro país. Más que nunca, somos sensibles al valor de nuestra historia y a la belleza de nuestro paisaje. Pasando, desde luego, por la re-apreciación de nuestras comidas y bebidas. Hay, pues, signos de esperanza. Quizá si tomamos conciencia de ellos podamos abordar nuestra vida como país en una forma más positiva y determinada. Y para quienes confunden la esperanza con la ingenuidad, solo queda decir que la inhibición pesimista solo contribuye a hacer más negro el panorama. ■

El camino de Toledo

ignacio
basombrío

Presidente del Centro Peruano de Estudios Internacionales (CEPEI).

El Presidente de la República necesita hacer política. No ha sido elegido para ser un buen administrador. Tal es la tarea de sus colaboradores, de los responsables de conducir los ministerios y organismos públicos. El presidente Toledo, sin apoyo popular suficiente, sin base de sustentación propia, al ingresar en el último tercio de su gobierno tiene una enorme responsabilidad: consolidar la democracia para que los peruanos puedan vivir en un régimen de libertades públicas, con plena vigencia del Estado de derecho, con respeto a los derechos humanos, económicos y sociales de todos los peruanos.

No puedo afirmar que el presidente Toledo tenga una visión suficientemente definida acerca de su papel en la actual coyuntura. Por ejemplo, en el mensaje presidencial del 28 de julio, el impacto político mayor fue generado por su anuncio de permitir la investigación de sus cuentas. Me parece una decisión personal respetable, a partir de la cual la clase política ha comenzado a imitarlo. Pero, me pregunto, ¿los grandes asuntos de Estado tuvieron esa misma atención o reflejo en los medios de comunicación social?

Tengo la impresión de que lo

urgente está apartando, de manera cotidiana, a lo importante. Además, que la cultura de la encuesta marca las tendencias. La búsqueda de respuestas a las demandas populares no está presente en la agenda gubernativa, tanto en el Ejecutivo como en la Plaza Bolívar. Los planteamientos para asumir seriamente los problemas de la inequidad y de la exclusión social y económica, han estado ausentes o se han diluido en un largo detalle de obras por ejecutar y de promesas por cumplir.

En consecuencia, la dirección política (en el sentido del vocablo inglés *policies*) quedó relegada el pasado 28 de julio a un segundo plano, como desde el inicio del gobierno del presidente Toledo.

Esa limitación, derivada de la concepción politiquera y clientelista para llegar al poder, aleja al gobierno del pueblo. El mandatario percibe solo algunas señales que provienen de

la calle, en donde la mayor parte de los ciudadanos a pie del Perú, literalmente, procuran sobrevivir.

A pesar de las repetidas menciones a la humildad para explicar los logros en materia económica, creo que el modelo, concebido y aplicado desde el fujimorato, se está agotando rápidamente, en lo que respecta a su legitimidad social.

Resultó, en tal sentido, dramática la mención a la reducción del número de pobres, luego confusamente aclarada (o desmentida



da) con explicaciones que no convencen ni persuaden sobre la verdad oficial. En este asunto, los técnicos al servicio del Estado han salvado su responsabilidad y, con lealtad discutible, han dejado al presidente Toledo como poco veraz. Nadie en su sano juicio, sin embargo, puede exigir al mandatario que analice la información estadística, establezca la consistencia de las muestras elaboradas y los resultados de los trabajos realizados por los organismos responsables. Sin embargo, quien pierde nuevamente credibilidad es el Presidente de la República. Pienso que tal es el riesgo que se corre cuando se pretende combinar, en ejercicio que parece estéril, la conducción política que corresponde al Jefe de Estado, que personifica a la Nación, con el pretendido tecnócrata, que hace microgerencia y que, en teoría, conoce y controla el aparato del Estado.

¿Qué debería hacer el presidente Toledo hasta el próximo 28 de julio?

No comparto el criterio de quienes opinan que debe dar un paso al costado y convertirse, simplemente, en una figura que presida pero no gobierne. Creo, por el contrario, que debe alejarse de la microgerencia, apagar los celulares, escuchar a sus ministros de Estado, serenarse, dedicarse a meditar en términos políticos, sintonizar con las demandas populares y echar del templo a quienes solo pretenden blindar el modelo económico.

Además, debe desterrar de su diccionario la palabra chorreo, utilizada de manera equivocada el 28 de julio, para pretender explicar que los beneficios del crecimiento ya estaban alcanzando a más peruanos. Para un dirigente político la distribución más justa de la riqueza es un

derecho de todos los ciudadanos y una obligación del Estado para los que menos tienen, para los excluidos, para los olvidados.

Last but not least, el presidente Toledo debe procurar establecer una agenda realista de trabajo con el Congreso, para actuar conjuntamente en ámbitos fundamentales. Me refiero al fortalecimiento del sistema de administración de justicia, la aprobación de la legislación laboral que restablezca y reconozca los derechos de los trabajadores, la profundización de las relaciones del gobierno nacional con los gobiernos regionales y locales y la adopción de las disposiciones legales para garantizarle al país un desarrollo sustentable y con beneficios compartidos, especialmente cuando se trata de la explotación de recursos naturales. ■

Llegamos al 2006

percy
medina

La pregunta acerca de si Toledo llega al 2006 se ha convertido, últimamente, en un clásico de los torneos de adivinación en las reuniones sociales de los peruanos. Este ejercicio, que termina lindando con la frivolidad, olvida que para la consolidación de nuestra democracia es muy importante que este periodo constitucional termine sin sobresaltos y que elijamos en el 2006 a un nuevo presidente en comicios regulares.

Ello, en primer lugar, por razones de principio. La democracia supone la existencia de reglas que se respetan: hemos elegido un presidente por cinco años y, salvo la existencia de causales de vacancia probadas, debe mantenerse en el cargo por ese lapso de tiempo. Hay, además, razones prácticas: el país no está en condiciones de ir a elecciones anticipadas, ni los actores políticos están preparados para ello. La vigencia del

Secretario General de Transparencia

calendario electoral es, entonces, un asunto no solo de Toledo sino de todos los peruanos, incluida la oposición.

La pregunta que deberíamos hacernos en positivo sería: "¿Qué tiene que hacer Toledo y qué tenemos que hacer los peruanos para que no se interrumpa el periodo constitucional?"

Hoy parece claro que uno de los flancos más débiles del presidente Toledo es un entorno involucrado en demasiadas denuncias sobre actos de corrupción o de abuso de poder. Frente a eso convendría que el primer mandatario tuviera una actitud radical, es decir, que enfrentara en la raíz las consecuencias de esas denuncias. La única manera de hacerlo es exigiendo una investigación a fondo de todas ellas y haciendo todo lo posible para que dicha investigación no sea obstaculizada por nadie.

Eso supone, en primer lugar, el encargar a procuradores independientes ver también las denuncias relacionadas con funcionarios de este gobierno, en particular las que apuntan al entorno presidencial. Ello es indispensable para resguardar la figura del Presidente de la acusación de complicidad.

En segundo lugar, pero más importante aun, es necesario despejar cualquier duda en relación con la participación directa o indirecta del propio Presidente o de su esposa en actos indebidos. El gesto de Toledo de levantar su secreto bancario debe valorarse en su exacta dimensión y aplaudirse como una primera muestra de transparencia. Pero ese paso inicial debería complementarse con un pedido al Ministerio Público para que abra una investigación con el fin de eliminar cualquier duda en relación con un enriquecimiento ilícito de la pareja presidencial. Si, como esperamos todos, al final de una investigación seria y rigurosa no se

encuentra ningún indicio de delito, el país respirará tranquilo y se habrá disipado cualquier posibilidad de vacancia, la que solo procede si existe una causal.

En tercer lugar, se hace indispensable sentar las bases desde el Estado para un tratamiento adecuado del tema de la corrupción. Una buena idea es empezar generando una instancia especializada en la lucha contra la corrupción, tal como lo propuso la Iniciativa Nacional Anticorrupción en el 2001. No basta con nombrar un reemplazo del llamado "zar anticorrupción", presidiendo una comisión que ha demostrado ser insuficiente ante la magnitud de los retos que debe enfrentar. Es necesario que esa entidad tenga atribuciones precisas y un presupuesto adecuado como para cumplir un papel eficaz en esa lucha. Y como muchas veces la persona es la que hace el cargo, para liderar esta entidad debería convocarse a un peruano o peruana intachable que cuente con amplio consenso entre los partidos y la opinión pública.

Si se dan las garantías de independencia en la función, así como las atribuciones y recursos suficientes, nadie se podrá negar. Entre otras cosas, la formación de esta entidad supone el envío al Congreso de un proyecto de ley para su creación que incluya el nombramiento por el Legislativo de quien la encabece.

Finalmente, es indispensable un compromiso de los líderes de opinión y los dirigentes políticos, en particular los de

oposición, con la vigencia de la democracia y la intangibilidad del calendario electoral. En esto el papel de los medios de comunicación resulta también muy relevante. Ese compromiso no debe ser solo retórico, sino que deberá estar acompañado de acciones muy concretas de aquí a las próximas elecciones. Faltan tan solo veinte meses para los comicios generales, en los que elegiremos un nuevo Presidente y un nuevo Congreso. ¿Qué tareas se tienen por delante para este periodo?

Por su parte, los partidos deben adecuarse a la ley de partidos y aprovechar ese proceso para fortalecerse como organizaciones, ganar en democracia interna y construir un sistema de contabilidad que garantice la transparencia de sus ingresos y sus egresos. Por otro lado, tienen la obligación moral de elaborar planes de gobierno que los ciudadanos podamos analizar racionalmente para emitir nuestro voto.

Las organizaciones de la sociedad civil y los medios tendrían que promover entre la ciudadanía la necesidad de un voto informado y responsable, así como fiscalizar tanto el ejercicio ético de la función pública por nuestros actuales gobernantes cuanto la seriedad y consistencia de quienes aspiran a gobernarnos durante el próximo periodo.

Preparémonos como país para superar nuestros propios errores y aprender de la experiencia. Eso es, sin duda, parte esencial de la construcción de la democracia. ■

Ojalá fuéramos tan sensibles con las personas como lo somos con las cifras

carmen
lora

Directora de la revista *Páginas*.

Ante la pregunta de *ideele* sobre el mensaje presidencial de 28 de julio, quisiera señalar en primer lugar que al poner por delante una "cuestión previa" referida a las acusaciones relacionadas con la sospecha de actos de corrupción en la esfera más cercana y familiar de su persona, el Presidente facilitó la capacidad de escucha hacia su mensaje. El pedido de levantamiento del secreto bancario de sus cuentas personales y conyugales aireó un ambiente muy enrarecido en torno del presidente Toledo en los días previos al discurso.

También creo que un Congreso presidido por la oposición se corresponde más con la realidad de lo que piensa el país. Al presidirlo, creo también que se sintió más responsable de la buena marcha de la sesión.

El mensaje me pareció ordenado, con una estructura clara. Si lo comparamos con el del año pasado, fue mucho mejor y más elaborado. Encontré honesto recordar los compromisos asumidos en el 2003 en un país de tan frágil memoria. No todo lo dicho, sin embargo, tenía el carácter de informe de logros y limitaciones de la gestión del



Poder Ejecutivo a lo largo del año. Si bien es cierto que las condiciones macroeconómicas tienen que ver en buena parte con el manejo de la política económica por el gobierno, extrañé un reconocimiento del enorme esfuerzo de los trabajadores que todavía esperan un empleo digno y que con su precariedad contribuyen a ese equilibrio macroeconómico, a quienes arriesgan e invierten en el país y también, por qué no, recordar la inmensa riqueza y potencialidad del Perú. Al parecer, estamos literalmente sentados en un banco de oro... aunque seguimos de mendigos.

Es una pena que las cifras del

INEI no se hayan manejado con precisión y responsabilidad. Se sabe de la sensibilidad de la opinión pública respecto del tema de la manipulación de las cifras del INEI en gestiones anteriores que, por cierto, fueron de una gravedad mucho mayor. La inflación neta, por ejemplo, o el muestreo utilizado antes del 2001, que nos revelaba otros porcentajes de pobreza que los reales.

Un último comentario al mensaje: también hubiera sido de esperar un reconocimiento a la poca eficiencia en el manejo de la descentralización por el

(va a la p. 39)

viene de p. 25
esta es la
p. 39 remisión

(viene de la p. 25)

Ojalá fuéramos tan ...

Ejecutivo. Aludir a lo burocrático como obstáculo es un recurso que no da cuenta cabal de lo mal que se está llevando ese proceso. Ojalá que, aunque no lo haya dicho, el Presidente sea consciente de la enorme responsabilidad de su gestión en hacer que la descentralización sea efectiva, y no un fracaso más.

Pero si bien se puede siempre esperar más de un mensaje de 28 de julio, lo que me ha desalentado son muchas de las reacciones al discurso. Las siento de poca altura y buscando finalmente discutir lo que vende y no los problemas de fondo.

Más allá de si las cifras estuvieron mal manejadas o fuera de contexto, lo serio es que más de la mitad de la población vive en situación de pobreza, al punto que el Perú está entre los países más desiguales de la región. No es posible esperar cambios en periodos cortos, pero sí se puede adoptar medidas que permitan revertir paulatinamente una situación inaceptable; también se puede poner en el debate la pregunta de por qué existen tantas personas que sufren pobreza, pregunta que, lamentablemente, no se hacen quienes acusan al Presidente o piden la destitución del jefe del INEI.

Esperaría que el ímpetu con que se critica las cifras del INEI fuera el mismo para proponer

elevar la presión tributaria, una de las más bajas de la región, justamente para corregir la desigualdad y promover condiciones más equitativas en el país. Ojalá que el celo por la estadística y por precisar que el aumento de pobres ha sido real en términos absolutos fuera también el mismo celo para vigilar si las recomendaciones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación se están cumpliendo con miles de víctimas de la violencia, o para proponer medidas para que el número de personas pobres y excluidas de la comunidad nacional no siga aumentando.

Entre las otras preguntas que propone *ideele* para la reflexión, escojo la que se refiere a si hay luz al final del túnel. Hace muchos años, en tiempos muy difíciles, Gustavo Gutiérrez escribió un artículo en el que abordaba esta imagen de la luz al final del túnel desde una perspectiva diferente. Proponía que esa luz depende de cómo alumbramos el camino del túnel; hay que ser como luciérnagas en medio de él, decía Gutiérrez.

En el Perú parece que siempre estuviéramos entre túneles, y pareciera que hoy no solo es necesario alumbrar adentro, sino esforzarnos por no permitir que las pequeñas luces que pueden encenderse sean apagadas por quienes se empeñan en hacerlo. Desde esa perspectiva, podemos responder que

habrá luz al final del túnel si logramos, desde nuestras propias ubicaciones, pequeñas o importantes, mantener luces que permitan encontrar el camino de salida; solo así la fragilísima luz de la transición hacia la democracia que iniciamos en noviembre del 2000 y confirmamos con la elección de abril del 2001 se hará grande y brillante.

En ese esfuerzo, dedicarnos a que la pobreza no sea nuestra definición como país implica trabajar desde muchos lados, lugares, saberes y apuestas. En la medida en que se la conoce más, se comprende con mayor precisión cuán multidimensional es la pobreza, y al leer el Informe de la CVR es posible constatar que por lo menos una de esas dimensiones depende de cada uno y cada una: construir confianza y comunidad humana. No será posible que el Perú se consolide democráticamente si nos tratamos, de arranque, con desconfianza y buscando destruir al otro, si lo que interesa discutir es cómo cae el Presidente y cuál es el escándalo nuevo que hace aún más repugnante la política, esa esfera sin la cual precisamente no hay comunidad democrática posible.

No hay comunidad democrática real si no existe una convivencia humana que permita y posibilite reconocernos iguales, con el mismo valor y con el mismo derecho y las mismas responsabilidades, aunque seamos diferentes. Solo así podremos llegar al final del túnel. ■